

FRANCISCO FERRER LERÍN, *Gingival*, epílogo de Fernando Valls, Palencia, Ediciones Menoscuarto, 2012, 237 págs.

EL PIE DE FERRER LERÍN

Si trazamos un recorrido somero por la obra de Ferrer Lerín atendiendo a las fechas, veremos que su primer libro de poemas, *De las condiciones humanas*, con irónico título, se publica en 1964, cuando la poesía social en España está ya decayendo. El título es irónico porque parece un tributo a ese humanismo romo de la poesía hegemónica hasta aquella fecha pero en realidad es uno de los primeros y más certeros ataques a su misma línea de flotación. La leyenda dice que, tras abrirles el camino a los que luego se llamarían poetas novísimos, Ferrer Lerín desapareció de Barcelona, y que por eso no apareció en la antología *Nueve novísimos poetas españoles*, editada por José María Castellet al filo de la década séptima. Aquella antología sirvió como reclamo publicitario para todos los incluidos, les abrió las puertas del *establishment* literario, de la cátedra universitaria o del manicomio, y hoy muy pocos de ellos siguen ejerciendo como poetas. Un año después de que esa antología viera la luz, en 1971, se publicó en la también legendaria editorial Ocnos de Barcelona el segundo libro de poemas de Ferrer Lerín, *La hora oval*, en el que afloraban unos planteamientos tan radicales o más que los de la aventura novísima. Muchas de las constantes que pudieran servir para explicar el universo literario leriniano están ya en aquel libro, lleno de relatos breves, acerados, inquietantes, algunos de los rasgos que Ferrer Lerín ha llevado a rara perfección en este nuevo libro, *Gingival*, que la editorial palentina Menoscuarto ha publicado en 2012. Tras *La hora oval*, y con el escritor ya instalado en Jaca, sucede nuevamente el silencio. No volvemos a saber nada de Ferrer Lerín hasta la década siguiente, con la publicación de *Cónsul* (Barcelona, Península, 1987) su tercer libro de poemas. Allí aparece ya una enigmática palabra, *gingival*, título del libro que nos trae hoy aquí. El poema «Mesnada en el llano» empieza así: “El placer gingival que equivale al letargo de las costas, / La amarilla arena bajo el paso de fuego que nos cercena, / Son dos partes de nuestro diario desplazamiento” (pág. 45). El placer, el fuego circundante, el tránsito diario son palabras clave para entender este nuevo libro de Ferrer Lerín, *Gingival*, una palabra que alude directamente al espacio ancilar de la encía, el marco o tránsito entre las piezas óseas de la dentadura y

el resto de la cavidad bucal. Pero en *Cónsul* se dan también, como en el anterior, algunas de las claves de su escritura. Allí aparece el relato «Obras públicas» publicado en el diario *El País*, el 30 de diciembre de 1986, en el que lo que podríamos llamar la poética del exterminio alcanza una suerte de cima por la economía de recursos, el tono de irreverente complacencia en la labor bien hecha, y el sentido del humor leriniano. Véase cómo describe esta labor, una especie de manifiesto estético, en el relato «Series», de *Gingival*: “la plasmación de un ejercicio muy grato al autor; la cita de ejemplos de progresión y finalización, de avance y acabamiento [...], la redacción de la crónica de una progresión hacia una meta entendida como culmen, la pormenorización de los pasos encaminados a alcanzarlo y el vacío final, la pulcritud absoluta [...], una fuente de goce aritmético, místico, genesiaco” (págs. 134-135).

Hay un silencio más prolongado del autor en la década de los noventa, y luego surge de nuevo con fuerza, un vigor que ya no abate hasta la fecha. En 2005 la editorial Mira de Zaragoza publica su novela *Níquel*, reeditada por Tusquets con jugosísimos anexos relacionados con la trama, bajo el título de *Familias como la mía* (Barcelona, Tusquets, 2011), justamente celebrada por alguien tan atento al panorama narrativo en español como Ignacio Echevarría. En 2006 se publicó su poesía autorizada hasta la fecha, *Ciudad propia*, en Artemisa ediciones, y luego un escritor que publicaba por décadas tuvo a bien empezar a publicar por años, y siguieron el *Bestiario de Ferrer Lerín*, en Galaxia/Gutenberg, en 2007; *Papur*, volumen misceláneo de 2008, en la editorial Eclipsados, ahora que él ya empezaba a no serlo; *Fámulo*, en la colección de poesía de Tusquets, que le valió el Premio de la crítica en 2009; y por fin este *Gingival*, con epílogo de Fernando Valls, en el que encontramos variada tipología de relatos: microrrelatos de extensión brevísima en la estela del famoso del dinosaurio de Monterroso, bibliofilias en la estela de Ferrer Lerín, inventarios como «Brocal abajo», o el que da título al libro, «Gingival», donde sin duda más Ferrer Lerín es Ferrer Lerín, quizá por aquella cita procedimental que recogí más arriba. En definitiva se trata de eso, de catalogar seres y momentos, de inventariarlos, por lo que los textos de *Gingival* merecen sin duda el nombre de relatos, ya que son la *relación*, el inventario de lo vivido, soñado, o imaginado de manera verosímil por su autor. Véase si no ese catálogo de toda una vida en el relato «Visiones», en el que el ornitólogo-narrador describe su carrera científica incipiente en

Alemania. Allí se topa con un enigmático almacén de registros, el edificio de la Facultad de Biología, donde se guarda, igual que la biblioteca de Babel de Borges, “todas las ‘visiones’, todo lo que veían, todo lo que han visto, todos los ejemplares de *Falco tinnunculus* desde que existía la especie” (pág. 124).

He titulado estas líneas «El pie de Ferrer Lerín», porque quiero hablar justamente de eso, no del apéndice anatómico, sino de otro tipo de pie, el que minuciosa y delicadamente le sirve al autor para escribir el texto. Porque en muchos de los relatos que forman *Gingival*, escogidos de entre los publicados en el blog del autor entre 2008 y 2012, hay algo que le da el pie, le da el motivo para escribir. A veces es otro texto, es decir, un pre-texto en sentido literal, lo que precede al texto, anterior y exterior a él pero que acabará formándolo. Como en «San Jorge y el Dragón». Otras es un elemento del mundo natural, un animal, con su nombre en latín, lo que sirve a modo de pedigrí o identidad del ser vivo en cuestión, como si hiciera falta complementar la nomenclatura que tiene el bicho, la carraleja, por ejemplo, con su denominación científica, *Meloe majalis*, una especie de identidad mayor restituida que en el texto hace las veces de la caracterización. Es algo muy parecido al recurso que utiliza la narrativa, la definición mediante un rasgo, como por ejemplo el que un personaje fume en pipa o lleve las uñas pintadas. Y es también una suerte de validación filológica, una manera de corroborar fidedignamente el texto en lo lingüístico, como quien se pellizca la mejilla cuando cree que ha visto algo raro o maravilloso. En este relato de la carraleja, «Encuentros engaños», el movimiento es desde el natural, a través del encuentro tan tiernamente descrito con el insecto, hacia la trama misma de la ficción, para acabar con el auto-aniquilamiento del narrador y el encuentro de nuevo con un elemento natural, el galápago leproso, del que no falta el nombre en latín, ni la descripción apuntada de sus inclinaciones necrófagas. Muchas veces ese pie es inventado, o podría serlo, lo que nos hace dudar y salir corriendo inmediatamente a buscar en el diccionario de escritores o en cualquier otro diccionario. Hay veces en las que el pie que le da cualquiera de estos motivos lo toma Ferrer Lerín para desarrollar un movimiento que también tiene mucho de musical. Por ejemplo la fuga cerrada sobre sí misma en «Una giornata particolare». Aquí, del detalle tenuemente autobiográfico, la compra de material de escritorio, el motivo nos lleva al hallazgo del elemento natural, el avión roquero, con su correspondiente identidad filológica restaurada, *Ptyonoprogne rupestris*, para llegar al mundo

legendario o histórico del reyzeulo enterrado en el pórtico de la catedral, y cerrarse en un regreso al tiempo presente con los turistas que visitan la tumba como cualquier otro monumento. En este relato, si nos fijamos en la dificultad que implica leer el nombre en latín de la avecula, daremos con otra de las claves de la denominación científica de las especies convocadas: supone una secuencia fonética, es decir, física, que irrumpe con su naturaleza extraña en el texto y reproduce fielmente la irrupción que en muchas ocasiones supone el hallazgo de un ser vivo inesperado en nuestra vida diaria.

Hay ocasiones en que el pie, el motivo al que me refiero, lo da la naturaleza y el autor no se mueve ni se traslada, sino que se adensa en su percepción, se queda quieto y asiste a la revelación que lo natural le ofrece. Se podría decir que son momentos en los que el escritor calla y habla el ornitólogo, pero sería falso, pues el escritor es sobre todo un ornitólogo, alguien dotado de olfato, de vista y de intuición, que asiste al milagro desplegado ante sus ojos. Léase, por ejemplo, «Avistamiento», «Anphibaenian Mountain», o el espectral «Granizado de sangre», para hacerse una idea. Aquí la labor del escritor ha sido la de estar allí, ver, plasmar lo que ve con generosidad, precisión y suficiencia. Y eso, esa especie de apuntes desnaturalizados del natural, es un trabajo documental que se imbuye de lo que Keats tanto alababa en Shakespeare y que llamó su capacidad negativa, *negative capability*, esa generosidad legible muchas veces como abandono o salida del autor del escenario que les permite a los personajes, en este caso a la fauna descrita, operar independientemente de la incidencia externa del observador. Esto tiene además una lectura moral, que es importantísima en la obra de Ferrer Lerín, y es curiosamente una ausencia aparente de trazado ético porque la naturaleza tiene su moralidad y asumirla y respetarla exige mucho más calado moral que el típico subrayado de paternalismo antropocéntrico con el que la mayor parte de las ocasiones tendemos la mirada al mundo natural. Estar en la naturaleza, que en el ser humano hoy día muchas veces implica estar junto a la naturaleza, al lado de la naturaleza, *cabe* la naturaleza en expresión del castellano antiguo, se traduce en la técnica narrativa en una predilección por la contigüidad sobre la sustitución, es decir, la metonimia por encima de la metáfora. El escritor que se halla en esa posición de asentamiento en el mundo natural no sustituye una cosa por otra, pues lo natural es sagrado para él, sino que deja más bien que una cosa le lleve a otra, como en «Nexus», por ejemplo, relato en el que un nombre conduce a otro. En la nota final a *Familias*

como la mía, se incluye una sucinta, rara y valiosa poética de Ferrer Lerín: “Para el final dejo una reflexión: nunca soportó la idea de poder resultar farragoso; esto explicaría la inaudita prisa en acabar los párrafos, la expurgación de florituras, el ir siempre al grano, la repugnancia por las metáforas” (pág. 209).

¿Desde qué plano de la existencia estoy escribiendo este blog?, se pregunta en otro lugar de *Gingival* Ferrer Lerín, al final del relato «Un mar de dudas». Y podríamos parafrasearlo y decir, ¿desde qué plano de la ficción está escribiendo este libro? La alusión a los planos es fértil no solo en la transposición de un discurso virtual como el blog a otro en formato de libro, el hecho de que sin la existencia previa del blog el libro no existiría con posteridad. También brota el texto de la transposición de planos entre el mundo natural y el textual, entre el vivencial y el histórico, el onírico y el autobiográfico, y así hasta muchos otros. Pero en lo tocante a los que yo creo son planos específicos de la escritura de Ferrer Lerín, el de la naturaleza y el del texto, o debería decir más bien, el de la naturaleza y el del lexicón, es reveladora la predilección que siente el autor por el hápax, ese término filológico que designa, según define el diccionario, una palabra que aparece una sola vez en una lengua, en un autor o en un texto. En mi opinión esa definición que da el autor de sí mismo como buscador de hápax es un ejemplo perfecto de la conjunción entre naturaleza y lengua, el asomo al mundo natural desde el tejido lingüístico superpuesto a él como un pespunte. En otras palabras, la unión entre biología y ficción, el encuentro feliz de una y otra realidad. La existencia de un único ejemplar, cuando se es el privilegiado que lo vislumbra, da sentido a toda la labor del escritor que recoge al pájaro como querían los místicos, en la red de la lengua. El pájaro en este libro puede ser la semimona del grabado que aparece en un manual de ciencias naturales recuperado de la infancia; o el carable, un animal indeterminado, menor que un zorro y que acosa sin descanso a perdices y liebres, es decir, hace a pelo y a pluma; o la anfisbena, el reptil de dos cabezas cuyo nombre es ya toda una aparición; o la enigmática rapaz de «Aparecen», ave imaginada, desaparecida, perfecta, de nuevo una vuelta a lo natural del mecanismo de ficción abrasiva de Borges. Pues todo lo imaginado, lo no escrito, lo posible, se encarna en una rapaz que quizá lo ha estado persiguiendo a lo largo de toda su obra y de cuyo nombre Ferrer Lerín no quiere acordarse al final de este libro. Y todos estos seres que tienen nombre pero podrían muy bien no tenerlo, parecen más reales que todo lo catalogado y

desde esa realidad crepitan en el texto como un día crepitaron delante del autor.

CARLOS JIMÉNEZ ARRIBAS